

Todo Galdós

ELOY BENITO RUANO*

Si existiera —y debiera existir— una Orden Galdosiana o Gran Cruz al Mérito galdosiano, su Maestro o primer titular sería sin duda el Embajador Pedro Ortiz Armengol.

Nadie como él creo que conozca hoy la obra del gran canario, y ahora acaba de demostrarnos que del mismo modo conoce también su vida. A finales del pasado siglo (1887) la materia biográfica que Clarín, amigo del novelista, podía transmitirnos, recogida de labios del protagonista, era, según éste, cosa "sin importancia". A comienzos del siglo actual (1907), Eugenio d'Ors le increpaba literariamente: "Nada de ti sabemos, Galdós misterioso". Pero a partir de 1996 podremos decir que es factible seguir paso a paso, casi día a día, la existencia del magno escritor. Ortiz Armengol podría acceder al *Guinness* del galdosismo (o galdosianismo) porque, como se dijo de

*Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia.

⁽¹⁾Vida de Galdós. Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, 924 págs (969 notas).

cierto biógrafo de otro gran español, de su personaje lo sabe todo: "es como si le tuviera enterrado en el jardín de su casa".

Claro es que entre la declaración de d'Ors y el libro de Armengol⁽¹⁾ está una publicística de noventa años, con aportaciones tan importantes —entre otras— como las de H. Ch. Berkowitz y J.F. Montesinos, los testimonios vivos de Rafael de Mesa y Gregorio Marañón y los estudios de sus paisanos José Pérez Vidal, Alfonso Armas Ayala y Sebastián de la Nuez Caballero. Más, para no excluir a ningún contribuyente, los *Anales Galdosianos* y los Congresos Internacionales organizados y publicados por la "Casa de Galdós" de Las Palmas de Gran Canaria.

Pero la ingente investigación biográfica y literaria acumulada sobre la vida y la obra del escritor no han hecho sino facilitar al autor de nuestros días un material cuantioso que rectificándolo o precisándolo cuando ha sido preciso y, desde luego, completándolo con una colosal investigación personal, le ha permitido moldear no sólo su figura (como hiciera en tres dimensiones Victorio Macho), sino su dimensión interna, psicológica y anímica, e incluso proyectar la "radiografía" de ésta sobre su entorno y sobre sus personajes.

Para ello era preciso que quien lo intentase estuviera impregnado (no sólo fuese perfecto conocedor) de nuestro siglo XIX. Y pocas personas creo fundadamente que conozcan y comprendan mejor esa centuria española que Pedro Ortiz Armengol: histórica, literaria y socialmente.

De ello había dado ya repetidas pruebas en anteriores y repetidas producciones sobre Larra, sobre Espronceda, sobre Aviraneta y sus respectivas circunstancias. Y sobre todo, sobre el Madrid que desde Galdós se llama galdosiano, como mostró en su edición comentada y anotada —fabulosamente— de *Fortunata y Jacinta*⁽²⁾, para respirar cuyo ambiente no dudó en alquilar un pequeño apartamento en la Cava de San Miguel 15, el inmueble que "habitará" Plácido Estupiñá. Ambiente que transmitió además con su asesoramiento a la excelente versión televisiva de la novela dirigida por Mario Camus.

Sobre tal medio (y no sólo matritense, sino palmense, inicial de Don Benito) queda completamente compuesto, tesela a tesela, todo el vasto mosaico del retrato del personaje y el reflejo de éste sobre los suyos.

Una labor agotadora de hemeroteca, de archivo, de correspondencia, de interrogatorios, de desplazamientos, se evidencia en la versión depurada de cada afirmación acerca de la fecha, el lugar, la persona, del dicho y el hecho prospectados y reconstituidos. Labor de precisión investigadora que ha llevado a su conductor a retrollevar sus búsquedas genealógicas, nada menos que hasta principios del siglo XVII.

¿A qué simple lector de los *Episodios Nacionales* —se preguntará a priori el lector de Ortiz Armengol— puede interesar la nómina de una "anónima" familia canaria-vascongada cuyo personaje epónimo no aparece sino dos siglos y medio después de su arranque conocido?

⁽²⁾ Edición conmemorativa del CL Aniversario de la Fundación de la Casa Editorial Hernando (1828-1978), Madrid, 1979.

Sin embargo, al biógrafo del "héroe" de la misma, esa profundización archivística le permite ofrecer a su impaciente lector, como aperitivo para su inmersión en el voluminoso volumen, unas cuantas perlas —"primores de lo vulgar"— tipificadoras de las figuras del militar liberal, el clérigo malogrado y la doncella provinciana, temprano-novecentistas, que muy bien podrían haber servido a su descendiente como corporeización de sus criaturas.

Transmutación ésta, de personas en personajes, que el escritor practicaría como técnica repetida en tantas de sus novelas y obras dramáticas. Comenzando, por cierto, consigo mismo, a quien vemos, joven Galdós recién llegado a Madrid, en la imagen de Santiaguito Ibero (en *Prim*), o en el cínico amador Feijoo de *Fortunata*, en el Alejandro Miquis de *El Doctor Centeno*, o en el Máximo de *El amigo Manso* ("la novela más *personal* de Galdós y un algo autobiográfica").

El procedimiento se repetirá en una *Doña Perfecta* trasunto de "mamá Dolores", la propia madre del autor, desagraviada por éste en la Doña Librada Fajardo de *Las tormentas del 48'*, con D^a Emilia Pardo Bazán, que se autorreconoció en la protagonista de *La incógnita'*, y con tantas otras individualidades reales como van siendo identificadas a lo largo de la caudalosa producción galdosiana por la acuciosa investigación de D. Pedro.

Porque no debemos olvidar que el libro de éste es la historia de una vida. La vida de un hombre que escribe Historia, aunque literaturizada; cuya materia es objeto de Historia literaria; y que hace histórica su propia vida, como arquetipo de tantos rasgos y caracteres característicos de su siglo: "Podía decirse que había pasado a través de casi un siglo de historia, pero también que ese siglo le había atravesado y pasado por encima de él" —escribe Ortiz Armengol, casi como un epitafio, al concluir de narrar su muerte.

Aún habrían de caer sobre él el "brillo social" de su elección como diputado ¡por la circunscripción puertorriqueña de Guayama!; más adelante por la provincia de Madrid y, en el ocaso de su vida, por su ciudad natal, Las Palmas; sus grandes viajes por Europa; su ingreso en la Real Academia de la Lengua; el triunfo de su *magnum opus*, *Fortunata y Jacinta'*, y los más clamorosos y tangibles, teatrales, de *Electra* y *Casandra*, tras el estreno de la cual sería acompañado en olor de multitud desde el Teatro Español hasta su domicilio por un público enfervorizado (y parcial) que entre sus gritos de entusiasmo incluía (en 1910) la promoción del autor a Presidente de la inminente segunda República.

Apoteosis que no excluyeron la calificación de la segunda de dichas piezas como "teatro tremebundo" por su invariable amigo José M^a de Pereda; y republicanismo galdosiano que no impidió el acercamiento afectuoso y respetuoso del escritor a la persona de Alfonso XIII, quien se le declaró amigo, asistiendo junto con la Reina a una representación de *Celia en los infiernos* e invitando al autor a visitarle en Santander durante las vacaciones del verano siguiente (1915). Lo que D. Benito no dejó de complimentar y cuya permanencia a lo largo de casi una hora en el palacio de la Magdalena provocó no pocas reticencias en la prensa "avanzada".

(A título anecdótico, permítasenos transcribir el siguiente escrito de Galdós fechado en 22 de Agosto de aquel año: "Ayer tarde ha llegado de Madrid nuestro amigo el Rey Don Alfonso. El largo viaje de Madrid a esta población, y de aquí a Madrid, lo hace en automóvil, empleando en tan

larga travesía siete u ocho horas. El mejor día se estrella". Y consignemos que la expresión "el mejor día" tiene en la época el significado de "cualquier día" o "un día de éstos").

El capítulo XXXVIII de esta *Vida* vale, pese a su brevedad, por toda una monografía o cuadro de costumbres, estampa de la vida cotidiana en una casa burguesa del Madrid finisecular. Lo único excepcional, no vulgar, es el oficio del cabeza de familia, si es que podemos considerar como tal a un D. Benito rodeado de hermanas, cuñadas y sobrinos a los que sólo en parte contruibuiría a mantener y que, en cambio administrarían el orden de su vida doméstica y de trabajo, permitiéndole toda clase de libertades sin intromisión en sus salidas y entradas, viajes y correspondencia. En las escasas páginas de este capítulo (ocho), Armengol responde a los epígrafes de *Quién era Galdós*; *Cómo era Galdós*; *Su entorno inmediato*; *Familiares*; *Cuarto de trabajo*; *Su modo de trabajar*; *Vista, oído, voz, gusto*; *Sus lecturas*; anticipándonos la figura eternizada en piedra del parque del Retiro, con su manta sobre las rodillas, el bigote, el peinado del anciano Galdós... todavía el de las once a veinte cuartillas de producción diaria.

Complemento de esta descripción sería, en el escenario a punto de ser abandonado de la plaza de Colón, la que D^a Emilia Pardo Bazán hiciera, previo permiso de su inquilino — y, suponemos que de "sus mujeres"—, con voluntad declarada de consignación material. Allí queda retratada para la posteridad una vivienda "sin lujo, pero sí con gracia, interés y distinción" en la que, efectivamente encontramos "un sillón destrozado, usadísimo" y la manta de Lucena que esperábamos. Así como "la pacífica ventura familiar" no menos intuida.

"Las mujeres de Galdós". No hemos de referimos a las de su entorno familiar, que enmarcaron decisivamente su vida, desde la propia madre ("¿sargento de la familia?") hasta las citadas cuñadas y hermanas, abnegadas y queridísimas. Tampoco a las heroínas de sus dramas y novelas, humanísimas unas, arquetípicas, encarnaciones simbólicas otras (Fortunata, Marianela, D^a Perfecta, Gloria, Casandra). Sí a las que perturbaron apasionadamente por ambas partes la vida, el deseo, el amor, el afecto, el cariño, el sentido de la responsabilidad, (también, creemos, el de culpabilidad), en algunos aspectos sucesivos y en muchas ocasiones simultáneos, de su portador.

Aunque apenas podremos hacer esa referencia sino enumerativamente, porque "plural ha sido", pero nada celeste, como escribiera de sí mismo Rubén Darío, la historia del corazón de Don Benito. Más los sentidos que los sentimientos sacudieron, en efecto, repetidamente el "acendrado erotismo" del perseverante solterón, aunque prácticamente todos, en mayor o en menor grado, promovieran la aparición y el cultivo de los segundos.

En la nómina amatoria del ardiente varón se inscriben, junto a la intelectual aristócrata (D^a Emilia), la mujer del pueblo, Lorenza, en quien se prolongaría su propia estirpe; el "capitalazo de vitalidad nerviosa" —como se titularía a sí misma— de la frustrada actriz Concha —luego, tras su *conversión* al judaísmo, (Y podría añadir, por boca de otro personaje: "¡La Realidad! ¡Esa sí que inventa, y con qué garbo!").

Estamos —creo— ante una obra maestra. Historiadores e historiadores de la Literatura tendrán en el volumen de Ortiz Armengol un aparato de información y de referencia insustituible, como fuente de datos y como apoyo de muchas de sus precisiones. Porque vida y obra se han entrecruzado en la construcción del libro como en la realidad se imbricaron en la existencia del literato. Y ello, no de

modo meramente cronológico, sino —como repetidamente hemos señalado— de manera auténtica, en forma de identidad.

Hemos subrayado, pues, el carácter erudito de la obra, y lo reiteramos ahora. Pero para agregar inmediatamente el nivel narrativo de su escritura que, en ocasiones, nos ha llegado a producir la impresión de estar leyendo una novela de Galdós. No por afinidades estilísticas (no perseguidas, por supuesto por el biógrafo, ni contagiadas por su asiduidad galdosiana); sino por el desarrollo mismo de los acontecimientos, en cuya trama Galdós actúa como verdadero personaje de sí mismo.

Esa es, predominantemente, la sensación que hemos ido teniendo a lo largo de la prolongada lectura de esta *Vida*. Galdós como personaje galdosiano, muchas veces tan independiente de su creador como su propio *Máximo Manso*, precursos de las criaturas de Pirandello y de Unamuno.

Recuerdo a Pedro Ortiz Armengol acompañándome una lluviosa tarde londinense a visitar la tumba de D. José Rodríguez Losada, "el relojero de la Puerta del Sol": un exiliado novecentista más en Inglaterra. Antes había seguido las huellas de D. Leandro Fernández de Moratín en la misma capital británica. Le imagino después, Embajador en Manila, tras el rastro filipino de Dolores Armijo, la amada de Larra, causante de su suicidio.

Y dejando tras de sí, en ejercicio de su carrera, una estela de eficacia, de inteligencia y simpatía, al servicio de nuestro país.

Ahora pienso (creo que con todo fundamento) que el libro que acaba de publicar ha sido todo un *Episodio personal* en su propia biografía.